

# INTENTO POR REDESCUBRIR LA DIMENSION ECONOMICA Y SOCIAL DEL ECOSISTEMA CAFETERO

---

MARIO CALDERÓN RIVERA

Anfora

**E**l testimonio contenido en las siguientes páginas podría ser expresado en mil lenguajes. Tantos como los que se derivan de la infinita complejidad de la naturaleza y del hombre. El de quien esto escribe corresponde, posiblemente más que al conocimiento aprendido, a la intuición, definida, a la manera de Bergson, como «instinto desinteresado»

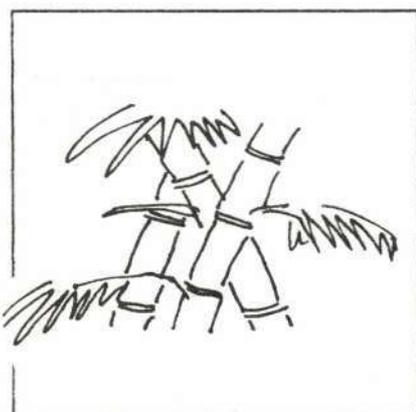
## **Lo irrecuperable**

No puede ocultarse, como inevitable, el sentimiento de frustración que invade a quien llega tarde a escenarios cuya potencialidad infinita ha sido en buena parte destruida. Lo inverosímil en el presente caso, -algo que sólo puede suceder en el Trópico Húmedo,- es que, aún así, el horizonte puede seguir siendo ilimitado. Naturalmente, ni las presentes

generaciones, ni muchas por venir, posiblemente ninguna de la actual especie humana, podrán ver este ecosistema recuperado al nivel en que lo conocieron quienes vivieron aquí, al comienzo del siglo que ahora termina.

Mi testimonio se inicia, precisamente, con el comienzo de este ciclo destructivo. Pertenezco a una tercera generación desprendida de la colonización

antioqueña. Como una buena parte de las familias del Eje Cafetero, la mía vino del nororiente antioqueño. La Ceja, El Peñol, Sonsón. En mi familia, como en la de miles de hogares de la región cafetera, se combinan los



ancestros de agricultores, maestros rurales, religiosos y aún intelectuales. Mi padre fue maestro de escuela. Mi madre también vino de un hogar de colonizadores que se preciaba con justicia de sus nexos de sangre con Gregorio Gutiérrez González, el vate sublime de la colonización antioqueña. No por mera casualidad, esos mismos componentes de la aventura colonizadora marcaron por décadas la estructura integral de las comunidades del Antiguo Caldas y del Norte del Valle. Un tío paterno

y otro materno, se embarcaron con sus familiares en el Puerto de La Virginia para ayudar a fundar comunidades como las del Dovio, Bolívar y Primavera.

### **La estructura jerárquica de la colonización**

La colonización tuvo una estructura jerárquica singular, que se reflejó desde el mismo comienzo de la fundación de pueblos y de

aldeas. El trazo español, a base de cuadras, tenía su centro en la plaza. Allí se conjugaron siempre el lote para la Iglesia y para la casa cural; para la escuela pública y para la Biblioteca; para la Alcaldía y

para el Concejo Municipal; para el Juzgado, para la Notaría y para la Oficina de Registro; para la botica, para la «abundancia» y para el estanco; para la dentistería, para la peluquería y aún para la talabartería y la sastrería. Lo cual dictaba por definición la composición del cuerpo de personas que, -al contrario de lo que ahora se expresa en lenguaje interesado y turbio,- tenían a su cargo la gobernabilidad de la nueva aldea.

En ese cuadro jerárquico se

movía desde el primer momento una sociedad civil de alto contenido, mezclada con los representantes de un sector público que merecía respeto colectivo. En un tal escenario alternaban, por tanto, el alcalde, el cura párroco, el maestro de escuela, los concejales, el notario, el juez, el registrador, el peluquero, el boticario, el sastre y el jefe de la policía municipal. A ellos se añadieron siempre otras personas acatadas por todos, como el fontanero y el inspector de bosques, -cuidadores de las fuentes de agua y de la acequia que, en todos nuestros pueblos, conducía el agua hasta la caída que movía la rueda pelton que suministraba unos pocos kilovatios a la población. Y a pesar de que se trabajó siempre con fuentes renovables de energía, la «luz», - como hermosamente se denominó siempre a la energía eléctrica- se prendía religiosamente sólo a las 6 de la tarde y se apagaba a la salida del sol del día siguiente. El **fontanero** era el activador único de

la llave maestra del acueducto municipal y del interruptor eléctrico. Habría que decir que nadie intentó nunca agredirlo, pretendiendo que la energía se diera antes en la tarde o se prolongara en la mañana, más allá de lo que era aceptado por el consenso de toda la población.

### **La desfiguración histórica de la colonización.**

El proceso fascinante de la colonización ha sido objeto de muy diversas interpretaciones. Muchas de ellas, aún las más críticas, son excepcionalmente serias. Otras resultan ligeras y simplistas. Como aquella que ha pretendido calificarla como una especie de invasión de atila que no dejó rastros distintos a los de las quemadas masivas y a la tala implacable del bosque primario. Es muy posible, sin duda, que allí no hubiera existido, como no lo hubo nunca antes, sentido consciente de preservación del bosque. Más aún: habría que decir que, especialmente

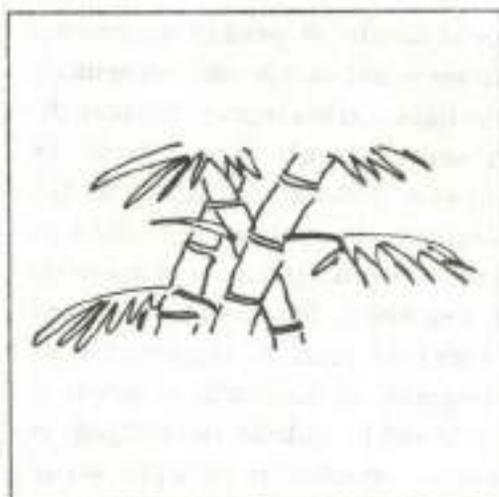


a lo largo de la macrovertiente del Río Cauca y de todas sus vertientes tributarias, el aniquilamiento de la capa arbórea con simple propósito de ganadería extensiva, inició el trágico curso de su extinción como fuente de vida y de equilibrio natural en las incontables microregiones que el río atraviesa.

No obstante, resulta una supersimplificación afirmar que el hacha de los colonizadores, como el símbolo que con justicia erigieron los fundadores de Armenia y del Quindío, es un signo de infamia para la colonización. La verdadera infamia puede estar en las sierras eléctricas con que las multinacionales han venido acabando durante las últimas décadas con extensiones continentales en América del Sur, en el Asia y Africa. El hacha de la colonización cafetera derrumbó selva virgen, pero la reemplazó, en alta proporción, por bosques de leguminosas nativas, que fueron el marco bajo el cual nació la cultura del café.

### **El café, un cultivo de sotobosque**

El café fue, por excelencia, un cultivo de sotobosque. Bajo las majestuosas sombrillas de gigantes carboneros, había un segundo techo de guamos y churimos, más próximos a las



plantaciones de café arábigo. Pero, además, bordeando los cafetos, todavía proliferaban las leguminosas rastreras. En ese concierto de centenares de especies incorporadoras de nitrógeno, el suelo cafetero nunca tuvo tregua en su enriquecimiento natural. Por otra parte, la lluvia ininterrumpida de hojas desde un doble techo, representó siempre un ciclo de fertilización incalculablemente rico. Si la memoria no falla, un estudio sobre el volumen de esta lluvia foliar, -especialmente cuando medió sombrío con guamo «santaferense», mostró que esa descarga orgánica equivalía a un promedio de 7 toneladas anuales de hoja por hectárea cubierta. En tales circunstancias, la capa del suelo cafetero mantuvo niveles de excelencia.

No hay, pues, lugar a vergüenza para los colonizadores de

hacha que cambiaron selva virgen por bosques de leguminosas protectoras.

No puede negarse que los sistemas de beneficio del café, -a base de agua que arrastró la pulpa y la miel a infinidad de quebradas y ríos, -generó altos grados de contaminación. Sin embargo, la existencia de redes vegetales de desagüe, generalmente espesas, contribuyó siempre a neutralizar parcialmente esos efectos. La avalancha de matamalezas químicos que trajo la revolución verde acabó con esos filtros naturales.

### **El habitat de la colonización**

Quienes han explorado el territorio de la caficultura tradicional desde la perspectiva de habitat integral, coinciden en muchos señalamientos positivos. Con mucha franqueza habría que decir que la estrechez mental que aun prima en grandes territorios de nuestra academia y de nuestra tecnoburocracia, aun la bien intencionada, ha impedido sistemáticamente desentrañar la verdadera dimensión de las lecciones por aprender. El solo intento por llegar a muchas de esas esencias tomaría mucho más tiempo del que cubre una conferencia ocasional. Sin embargo, resulta muy conveniente intentar

esa aproximación, así sea alrededor de ciertos tópicos destacados.

El habitat de la llamada colonización del café tuvo muy variados y ricos componentes. El primero de ellos fue, sin duda, el agua. La región andina colombiana tiene allí todavía (hasta cuando?) su más destacada ventaja comparativa a nivel global. Esa circunstancia -donde se combinan la precipitación pluvial, la humedad ambiente, la luminosidad, la composición del suelo,- hizo que allí anidara una megabiodiversidad mayor, inclusive, que la del paleotrópico amazónico.

El agua fue, entonces, compañera inseparable de la colonización. El «nacimento», o el «nacedero», como siempre se calificó bellamente la fuente de agua para la familia y para los animales domésticos, formó parte inseparable de los títulos de



propiedad. Era indudable, además, que el agua estaba irremediadamente asociada a un bosque de cabecera donde decenas de especies arbóreas cuidaban de las fuentes hídricas. Sin embargo, en la mayoría de tales bosques protectores generalmente predominaban **la guadua, el arboloco y el yarumo**, como una trilogía indisoluble.

### **La Guadua**

Por mucho que se haya escrito sobre la guadua, mucho queda por decir y posiblemente por descubrir, más allá del homenaje retórico. Si Colón, en su segundo viaje, descubrió la isla de los Pinos, como la antesala de un territorio prodigioso cubierto en Centroamérica por decenas de millones de hectáreas en bosques naturales de pino, los primeros colonizadores debieron penetrar en la más espesa y fascinante extensión de guaduales que cubría toda la cuenca del Río Cauca. Quienes, todavía sobrecogidos por el miedo, fuimos pasajeros de los primeros vuelos comerciales entre el eje cafetero y la capital del país, alcanzamos a tener ese paisaje inolvidable, hoy dolorosamente borrado.

La guadua fué vivienda, fué techo, fué cama y cuna, fué puerta, fué alacena, fué piso, fué

acueducto, fué alcantarilla, fué recipiente, fué leña en la cocina, fué corral, fué puente, fué cerca, fué palanca, fué puntal, fué trincho, fué mesa, fué asiento. Y aunque muchos considerarían, -para tranquilizar su conciencia,- que el papel de la guadua de la gran familia del bambú terminó, les bastaría saber que para más de un laboratorio científico en el mundo avanzado de la tecnología de materiales, la guadua empieza a mostrarse como alternativa menos costosa y más eficiente para sustituir elementos estructurales que, hasta ahora, están soportados en acero y aluminio. Sin contar lo que inmensamente puede llegar a valer como fibra natural, y más de lo que sigue significando como elemento inapreciable para la estética del paisaje y para muchas expresiones refinadas del arte contemporáneo.

### **El arboloco**

El arboloco, cuya nobleza como árbol y como material al servicio del hombre se ha ignorado incomprensiblemente, está por ser redescubierto. Menos mal que puede llegarse con tiempo a su rescate. Fué, posiblemente, el inolvidable Padre Enrique Pérez Arbeláez quien por primera vez llamó la atención sobre esta planta, a raíz de una nota incluida en el

número 7 de Tropical Woods, escrita por S. F. Blake en 1926. Lo que llama más la atención es que el eminente científico colombiano habla del arboloco como un árbol nativo, retenedor de agua en las raíces de sus hojas, para liberarla en las épocas secas, y siempre asociado con la guadua en las cabeceras de buena parte de las vertientes andinas. El eminente profesor Hernando García Barriga dedica espacio considerable, en su obra monumental sobre Flora Medicinal de Colombia, a los poderes curativos de algunas de las variedades de esta especie. Sin embargo, ninguno de ellos menciona, así sea marginalmente, el hecho histórico

incuestionable que asocia el arboloco con el legado arquitectónico invaluable de la colonización antioqueña. Quienes vivimos esa experiencia apasionante, hemos podido ofrecer ese testimonio transmitido oralmente por décadas.

El arboloco fué compañero inseparable de la guadua en la construcción de la vivienda rural, tanto como en toda la infraestructura para el beneficio de café. Más aún: el corazón del

arboloco, un verdadero icopor natural, fué secularmente para los niños el juguete preferido para desarrollar su imaginación creativa. Pero, por encima de todo, este tronco erecto como la guadua, -con largos hasta de 20 metros o más, y con diámetros frecuentes de 30 centímetros o más,- jugó un papel estructural más importante que la guadua, como viga maestra para el soporte del techo o de los pisos en cualquier tipo de construcción. Por



otra parte, cortado en tiempo debido, la madera del arboloco no solo no es atacada por la «broma», sino que, con los años y fuera de intemperie, adquiere una dureza prácticamente pétrea, impenetrable a la puntilla común,

La característica común de la guadua y del arboloco es su precocidad. Quien esto escribe comprobó personalmente, a nivel de su pequeña parcela que, después de plantarlos casi simultáneamente, pudo cosecharlos también paralelamente al cabo de 6 años. Como es obvio, cortado más tardíamente tendrá un mayor grado de dureza y resistencia. Los dos, además, tienen un valor ornamental inapreciable.

El arboloco sigue presente

en prácticamente todos los rincones de vegetación en la región cafetera central, principalmente en el Norte de Caldas. A lo largo de más de cien kilómetros de carretera entre Manizales y Aguadas, entre los 1300 y 2500 metros de altura, cualquier viajero puede apreciar una línea casi ininterrumpida de arbolocales, talados sin piedad periódicamente por los obreros mantenedores de vías y, sin embargo, retoñando en semanas. Genéticamente han decaído, pero el mayor milagro está en su supervivencia, a pesar del empeño humano por sumar su nombre al de los millones de especies vivas extinguidas.

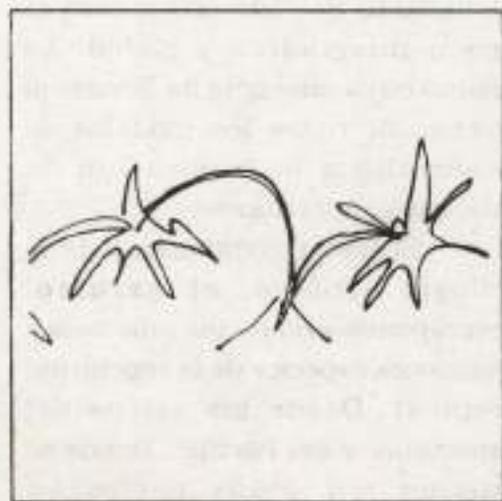
La buena nueva sobre el arboloco es que la Facultad de Agronomía de la Universidad de Caldas y el Centro Internacional de Agricultura Orgánica (CIAO), con el apoyo del Departamento de Risaralda, han iniciado ya la investigación necesaria para el proyecto que permita incorporar esta planta en la agenda para la reconversión económica de la región cafetera. Sin embargo, hay señales aún más estimulantes de esta nueva percepción multidisciplinaria del desarrollo regional. Desde la Facultad de Agronomía de la Universidad de Caldas y desde la Universidad Nacional -Sede Manizales, han

comenzado a darse esfuerzos de investigación dirigidos al redescubrimiento del arboloco como una de las plantas más útiles de nuestro Tópico.

Quien esto escribe, siendo Presidente de la Confederación Colombiana de ONG's, planteó en 1990 la inquietud sobre este tipo de investigación, logrando el interés de la doctora Melida Restrepo de Fraume, eminente profesora e investigadora de la Universidad de Caldas, a quien se debe la más rica información existente sobre las plantas medicinales de la región cafetera central. Como resultado de ese primer impulso, la doctora de Fraume escribió un esbozo preliminar titulado «El Arboloco montanoa Cadrangularis. Aspectos Ecológicos y Perspectiva en el Departamento de Caldas». Corpes de Occidente. Confederación Colombiana de ONGS 1992. En



1995. John Jorge Ospina Duque y Roberto Sánchez Osorio, estudiantes de Arquitectura de la Universidad Nacional, Sede de Manizales, elaboraron su tesis de grado, declarada meritoria, sobre el tema «Nogal Cafetero (Cordia Alliodora), Arboloco (Montanoa Quadrangularis), Hacia un proceso de Industrialización en Arquitectura». Este trabajo constituye tal vez la primera aproximación seria al arboloco como elemento constructivo. Además de las pruebas de laboratorio y de los registros científicos que contiene la tesis, se elaboró la primera muestra de productos alternativos susceptibles de producción industrial a partir de esta madera. Tanto en parqué, como en marquetería, como en enchapes y en una gran diversidad de subproductos, la calidad, la dureza y la belleza de las muestras,



resultan sorprendentes.

Continuando en la misma línea de redescubrir la virtualidad demuestra flora nativa, dos estudiantes de Administración, de la Universidad Nacional Sede Manizales, han elaborado ahora su tesis de grado con una propuesta sobre la creación de una empresa agroindustrial, para el cultivo, industrialización y comercialización del arboloco. Andrés Orozco Naranjo y Gladys Adriela Martínez han hecho ya una especie de alianza estratégica con sus vecinos académicos de la Facultad de Arquitectura.

Lo que más llama la atención de estos dos trabajos es que, a pesar de que sus autores se recorrieron muchas biblioteca universitarias, centros de investigación como CENICAFE, CIAT, ICA, COLCIENCIAS, nada encontraron sobre el Arboloco. Una prueba más de la clara esterilización burocrática que, para este tipo de ideas y proyectos, han demostrado muchas de nuestras formas tradicionales de exploración científica. La gran fuente de información terminó siendo, -para honra de la sabiduría popular,- Angel de Dios Ríos, un hombre sencillo, sin formación académica, actualmente Director de Viveros de la Corpocaldas en la ciudad de Salamina, en quien ni el



Estado ni la Universidad posiblemente han invertido un solo peso. A él debemos, en buena parte, la preservación de la sabiduría oral sobre el Arboloco. La misma que va a servir para que un grupo multidisciplinario que, por sugerencia de quien esto escribe, están dispuestos a encabezar los profesionales de Arquitectura y Administración mencionados, y otros de Biología, Economía, Agronomía y Diseño. Al doctor David Manzur Macías, el gran pionero caldense en la investigación aplicada sobre la guadua, le pediremos que asuma el gran liderazgo del proyecto, desde la Facultad de Agronomía de la Universidad de Caldas, cuya decanatura ha asumido con gran visión el doctor Henry Toro.

El ejemplo del Arboloco puede repetirse con miles de

especies tropicales. La visión reduccionista del café no puede perpetuarse. La vocación cafetera de nuestra región sigue viva y no debe perderse. El enfoque multidisciplinario y transdisciplinario del conocimiento y de la investigación aplicada nos indica que, con el caso del arboloco, existen infinidad de alternativas en nuestro patrimonio biológico para que la Universidad, la Empresa privada y las Organizaciones no gubernamentales se tomen el futuro de la región. En cada una de ellas el resultado dependerá del hallazgo simultáneo de sus dimensiones múltiples. En todas ellas es posible encontrar dimensión biológica, dimensión agronómica, dimensión legal, dimensión arquitectónica, dimensión médica, dimensión gerencial y, así, ad infinitum. Sin embargo, lo que definirá su factibilidad de todo orden será la visión integradora y global. La misma cuya ausencia ha llevado al fracaso de todos los modelos de desarrollo a la frustración de muchas generaciones.

El tercer componente de la trilogía arbórea, **el yarumo**, corresponde una de las más bellas y precoces especies de la vegetación tropical. Desde las selvas del Amazonas y del Pacífico, donde se adivina por todas partes su

presencia protectora, hasta la cordillera andina en todas sus latitudes, el yarumé sigue presente en nuestro universo biológico. Más de un estudio ha señalado el inmenso potencial que hay detrás de este esbelto tallo de hoja ancha y fibra larga, principalmente para la producción de papel periódico y para otros usos editoriales. Desde los años sesenta, la Organización de Naciones Unidas para el Desarrollo Industrial (ONU DI) llamó la atención sobre las enormes ventajas comparativas que podría ofrecer esta fibra natural de excepcionales apariencias. Como todos los estudios de ese estilo, el documento de esta agencia de Naciones Unidas pasó, sin pena ni gloria, al catálogo interminable de proyectos inconclusos.

### **Los efectos del pensamiento lineal**

Los anteriores son apenas unos pocos ejemplos, entre miles, de nuestro simplismo gigantesco frente al ecosistema cafetero. Nuestra visión no ha ido más allá de un aprovechamiento infinitesimal de la megabioidiversidad que nos rodea. Ese es el resultado inexorable del pensamiento lineal. Un simplismo igual al que nos llevó a sacar del sotobosque una planta de condiciones privilegiadas, para

colocarla a plena exposición luminica, sólo por razones de productividad económica. Que, desde luego, no es despreciable, pero que no puede ser considerada la única.

No se trata, por supuesto, de plantear una discusión claramente bizantina alrededor de una ruta hacia la que fuimos llevados más que por caprichos de nuestras propias instituciones, por modelos de desarrollo global dictados por la propia estrechez mental de la sociedad industrial. El tránsito de la sociedad pastoral a la sociedad industrial avanzada nos colocó en esquemas de análisis donde los componentes monetarios del ingreso familiar fueron los únicos que alimentaron los censos de población y las bases de datos. Los factores no monetarios del bienestar se desvanecieron en los



procesos de urbanización y en la obsesión de un consumismo desarrollista.

### **Lo no monetario en el ingreso cafetero**

En cualquier análisis sobre el ecosistema cafetero resulta ineludible regresar a lo que fue la relación entre componentes no monetarios y componentes monetarios en los caficultores. Paradójicamente ahí radica el mayor vacío de información. Lo cual también señala incuestionablemente hacia la debilidad de las decisiones que muchas veces se tomaron sobre la base de metodologías de análisis costo-beneficio respaldadas exclusivamente en componentes monetarios. Una falla que, desde luego, está en todos los modelos de desarrollo destructivo, que han sido el común denominador de todas las escuelas económicas que han dominado al mundo a lo largo del siglo que termina.

En el caso de la colonización cafetera la demostración es evidente. La caficultura tradicional dio origen a una economía familiar sustentada casi exclusivamente por componentes no monetarios del ingreso. Centenares de hogares vivieron por muchas décadas dentro de una agricultura autosuficiente, generadora de

bienestar pero también de excedentes económicos considerables. Los mismos que luego construyeron las estructuras urbanas de la región. Desafortunadamente nunca existió la inquietud por esta clase de mediciones. Sin embargo, no resulta difícil percibir que, por oposición a lo que representa una caficultura urbanizada, los componentes no monetarios del ingreso estuvieron precisamente en los factores que hoy más duramente golpean a los hogares en el proceso innegable de empobrecimiento que vive la región. Vivienda, alimentos, agua, agua pura y energía, son factores que colman y en muchas ocasiones sobrepasan la capacidad de compra de las familias colombianas, sin excluir, por supuesto, a la región cafetera. En ese mismo contexto, cualquier intento comparativo sobre evolución del ingreso real de los cafeteros corre el riesgo de ser mentiroso. Mucho más cuando se pretende crear la sensación de que, en tiempos de prosperidad aparente, la curva del ingreso real siempre ha ascendido. Es obvio que cuando no se ha llegado a una evaluación mínima de los componentes no monetarios desaparecidos, llegar al valor compensatorio que actualmente representa al mayor ingreso

monetario resulta imposible.

### **El balance ambiental**

Elaborar un balance ambiental pro-forma de la Región Cafetera Central debería estar en primerísimo lugar dentro de las urgencias más críticas a corto y mediano plazo. La misma que existe a nivel global y de cada país en particular. Aún sin iniciarlo, sabemos, naturalmente, que ese balance resultará espantable. Hasta un niño lo adivina. Mucho más quienes hemos vivido en sólo media centuria la destrucción de lo que evolutivamente representó miles de millones de años.

No resulta tampoco difícil concluir que de ese derrumbamiento del balance ambiental se deriva también una caída equivalente en el nivel de bienestar colectivo presente. Pero, por encima de todo, en las perspectivas para las generaciones venideras. Las estadísticas pueden mostrar, con un alto grado de falacia, que algún porcentaje de población ha compensado con creces el tránsito de lo no monetario a lo monetario. Pero para la mayoría esa compensación no sólo no

existió, sino que se creó un proceso involutivo dramático en términos de empobrecimiento ostensible.

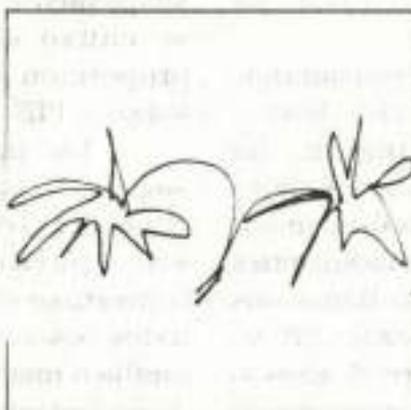
No es, desde luego, el momento para inútiles lamentaciones. Mucho más cuando, increíblemente, con lo que queda pueden elaborarse agendas promisorias. Así de inconmensurable fue y, a lo mejor, sigue siendo nuestra riqueza natural.

### **El ajuste por daño ecológico**

No creo inoportuno hacer una mención, al final de esta disertación, sobre los cambios que se están operando a nivel de los más altos observatorios del mundo en cuanto a

la visión del desarrollo desde la perspectiva de los balances ambientales.

Después de metodologías generalmente dogmáticas en el análisis sobre el desarrollo de las naciones, el Banco Mundial ha hecho una apertura clara hacia esquemas de «ajuste por daño ecológico», que empiezan a desenmascarar ciertos mitos del crecimiento económico. Este proceso de honestas rectificaciones,



-que es preciso reconocer y admirar- tuvo uno de sus más importantes hitos en 1993, con la publicación del libro «World Without End», publicado por Oxford University Press, como resultado de estudio contratado por el propio Banco con David W. Pearce y Jeremy J. Warford. La esencia de dicha metodología está en el concepto de valor económico total, en su definición simplificada, sería igual al valor de uso directo, más el valor de uso indirecto, más el valor de opción, más el valor de existencia.

Lester Brown, el renombrado inspirador del World Watch Institute, de Washington, ha encontrado en estos nuevos datos del organismo mundial el mejor respaldo para sus premoniciones sobre lo que él mismo llama «los límites de la naturaleza». En su diagnóstico 1995 sobre el Estado del Mundo, una serie apasionante que viene publicando el Instituto desde 1984, Lester Brown señala las coincidencias de sus anuncios con los resultados del Informe Pearce- Warford. Uno de los aspectos más novedosos en este revelador cuadro está, precisamente en la convergencia clara de los énfasis puestos desde 1984 por el World Watch Institute con las primeras conclusiones que los expertos del Banco Mundial obtienen en la aplicación metodológica de una nueva contabilidad planetaria. Los índices

de crecimiento, deflactados por el «factor de deterioro ambiental», comienzan a mostrar realidades muy diferentes. Lester Brown se encarga ahora de llamar la atención sobre el valor incalculable de este enfoque, que evalúa por primera vez, en términos de costo como porcentaje del PIB, las distintas formas de daño ecológico causado en distintos años y en distintos países. Algunas cifras de los resultados de la aplicación metodológica de Pearce-Warford, simplemente por países, año en que se causó el daño ecológico y proporción que éste representa sobre el PIB, son las siguientes:

Lo mínimo que puede sugerir el cuadro anterior es que las cifras del crecimiento aparente no solo pueden borrarse para convertirse en negativas, como en todos los casos anteriores, sino también mejorarse como resultado de un balance ambiental positivo.



***Daño ecológico      Crecimiento aparente  
como % del PIB      1980-1993***

|                             |            |      |
|-----------------------------|------------|------|
| Burkina Faso (1988)         | 8.8%       | 3.3  |
| Costa Rica (1988)           | 7.7        | 3.6  |
| Etiopia (1983)              | 6.0 - 9.0  | 1.8  |
| Alemania Federal (1990)     | 1.7 - 4.2  | 2.6  |
| Hungría (finales de los 80) | 5.0        | 0.1  |
| Indonesia (1984)            | 4.0        | 8    |
| Madagascar (1988)           | 5.0 - 15.0 | 0.9  |
| Mali (1988)                 | 0.4        | 1.9  |
| Países Bajos (1986)         | 0.5 - 0.8  | 2.3  |
| Nigeria (1989)              | 17.4       | -0.6 |
| Polonia (1987)              | 4.4 - 7.7  | 0.7  |
| EE. UU. (1981)              | 0.8 - 2.1  | 2.7  |
| EE. UU. (1985)              | 0.4        | 2.7  |

## **CONCLUSION**

Todo lo anterior debe entenderse exclusivamente como una mera hipótesis introductoria al inmenso desafío que significa la reinterpretación de nuestro ecosistema cafetero.

El ejemplo de Arboloco puede repetirse con miles de especies tropicales. La visión reduccionista del café no puede perpetuarse. La vocación cafetera de nuestra región sigue viva y no debe perderse. El enfoque multidisciplinario del conocimiento y de la investigación aplicada nos indica que, como en el caso del arboloco, existen infinidad de alternativas en nuestro patrimonio biológico para que la Universidad, la Empresa Privada y las Organizaciones no Gubernamentales, en alianza con

los Gobiernos Locales y con su Sociedad Civil, se tomen el futuro de la Región. En cada una de ellas el resultado dependerá del hallazgo simultáneo de sus dimensiones múltiples. En todas ellas es posible encontrar dimensión biológica, dimensión agronomica, dimensión legal, dimensión arquitectónica, dimensión médica, dimensión gerencial, y así, ad infinitum. Sin embargo, lo que definirá su factibilidad de todo orden será la visión integradora y global que nunca se tuvo. La misma cuya ausencia ha llevado al fracaso de todos los modelos de desarrollo y a la frustración de muchas generaciones. Lo mínimo que debería pedirse al Sector Central es que, además de no interferir, defina por lo menos una política macroeconómica coherente con estos propósitos □